

IV

**LA PARTICIPACION DE LA MUJER
EN LA REVOLUCION ANTICOLONIAL**

El movimiento de rebelión de las colonias hispanoamericanas, precedido por la revolución haitiana de 1804, fue la primera revolución anticolonial de esa magnitud en la historia universal. Sin embargo, no fue una revolución social, sino un movimiento separatista que sólo cumplió una de las tareas de la revolución democrático-burguesa: la independencia política.

Mientras en Europa las revoluciones democráticas significaron un cambio profundo de la estructura económica y social, en América Latina la revolución anticolonial no modificó la estructura de clases heredada de la sociedad colonial ni quebró el carácter dependiente de nuestra economía primaria exportadora. A diferencia de la Revolución Francesa de 1789, que fue social, la revolución de 1810 fue exclusivamente política. Cambió el gobierno pero no la sociedad. En rigor, no fue una revolución democrático-burguesa, porque mantuvo una economía exportadora dependiente, no realizó la reforma agraria ni fue capaz de iniciar un proceso de industrialización. Sólo reemplazó un equipo de explotadores de allende por otro de aquende, aunque abrió un nuevo proceso de acumulación de capital de carácter más endógeno que durante la Colonia.

La clase dominante criolla resolvió a medias la Cuestión Nacional. Se liberó de España pero dejó sin resolver los problemas de la dependencia económica, de la opresión de las minorías (entonces mayorías) étnicas nacionales y, por supuesto, los de la mitad de la población: las mujeres. Se autodeterminó pero negó a los sectores de explotados y oprimidos la posibilidad de autodeterminarse.

Durante el proceso independentista hubo una participación sobresaliente de la mujer del pueblo, aunque los historiadores solamente han destacado a las más conspicuas mujeres de la clase dominante. En rigor, las indígenas, negras y mestizas contribuyeron, junto a los hombres de avanzada de aquel tiempo, al triunfo de la revolución por la independencia: “se la ve marchar a la par del hombre por derriscaderos, sierras, vados y cañones, fusil en ristre defendiendo la tierra que la vio nacer, los críos que gesté en sus entrañas, luchando denodadamente contra el tutelaje español”.¹

En Haití, junto a Toussaint de Louverture y Jean Jacques Dessalines, en 1800 se destacó una mujer en el enfrentamiento con las mejores tropas de Napoleón. Se llamaba Marie-Jeanne, brava mujer que había dejado de ser esclava gracias al decreto de Toussaint. Uno de los primeros combates en que participé fue Crête-a-Pierrot, cerca de Petit-Rivière, sitiada por 12.000 franceses, dirigidos por Leclerc. El ejército negro de liberación logró romper el cerco y Marie-Jeanne, con Dessalines y otros líderes, llevaron a cabo la hazaña de cruzar a través de las líneas francesas, convirtiendo a Haití en el primer país independiente de América Latina (1804). Las mujeres se vieron favorecidas no sólo en Haití sino también en Santo Domingo. cuando en 1822 Boyer, el gobernante haitiano que había ocupado la parte este de la isla, liberó del trabajo a las mujeres embarazadas y suprimió la tutela marital en la sociedad conyugal)

Una de las más relevantes luchadoras populares fue la boliviana Juana Azurduy, nacida el 8 de marzo de 1780. Junto a su compañero Padilla, encabezó las guerrillas que enfrentaron a los ejércitos realistas. Coordinó las acciones con el general Juan José Rondeau, siendo ascendida a coronela luego de perder sus cuatro hijos en la guerra anticolonial. El 3 de marzo de 1816, al frente de 200 hombres, Juana derrotó a los españoles en El Villar, arrebatándoles su bandera, acción que mereció las felicitaciones de Manuel Beigrano. Se batió en mil combates al lado de su pueblo indígena y mestizo, llegando a ser bautizada por un poeta con el nombre de Santa Juana de América. Un historiador boliviano, Mariano Baptista Gumucio, cuenta que cuando Bolívar llegó con Sucre a La Paz lo primero que hizo fue solicitar una entrevista con Juana Azurduy, antes que con cualquier obispo o general. Más tarde ella se unió a las fuerzas del interior en lucha contra el

centralismo de la capital; murió el 25 de mayo de 1862.

Al igual que Juana Azurduy, junto a Gúemes combatió Cesárea de la Corte de Romero González, nacida en Jujuy el 5 de enero de 1796. Vestida de hombre luchó contra los españoles y luego contra la hegemonía porteña.

Otra heroína argentina fue Martina Céspedes, de sobresaliente actuación durante las invasiones inglesas en 1807. Con cuatro mujeres pudo apresar a doce ingleses que habían entrado a su posada. Por esta acción, Liniers le dio el grado de sargento mayor.

La más famosa fue Mariquita Sánchez, nacida en Buenos Aires el 10 de noviembre de 1776. Casada a contrapelo de sus padres con Thompson, tuvo la audacia de presidir numerosas reuniones clandestinas de criollos dispuestos a llevar adelante la revolución anticolonial.³ Junto con Casilda Ygarzábal de Rodríguez Peña y Angela Castelli exigió que los líderes independentistas retiraran las armas que había en el puerto y presionó a Cornelio Saavedra para que se pusiera a la cabeza el movimiento, cancelando así la fase de las vacilaciones políticas. Más adelante veremos su actuación hasta su muerte, el 23 de octubre de 1868.

Las mujeres de la clase acomodada criolla jugaron un papel importante en las luchas por la independencia, entre ellas la ecuatoriana Manuela Cañizares. En su casa se dio el primer grito de independencia. En una época en que muy pocas mujeres sabían leer y escribir, Manuela “conocía a Voltaire y Rousseau (...) Bajo el pretexto de saraos, en su casa se reunían los más destacados criollos de la época para hablar de la Revolución Francesa y de sus postula. dos de igualdad, libertad y fraternidad. Durante los años que duró la maduración de la independencia, Manuela Cañizares consiguió adherentes a la causa y no pocas veces arengó a los pusilánimes, como en aquella noche del 9 de agosto de 1809”⁴

Otra mujer que se hizo popular en la lucha por la independencia fue la colombiana Polonia Salavatierra y Ríos; conocida bajo el nombre de Policarpa, actuó como enlace de los revolucionarios en el período de la Reconquista española. Era una costurera de Bogotá, oriunda del Valle del Cauca; trasladaba los mensajes anticoloniales camuflados. en naranjas. Descubierta su actividad de espionaje y contraespionaje, fue fusilada el 10 de noviembre de 1817, poco antes de la llegada del Ejército Libertador comandado por Bolívar.

En Chile se destacaron Paula Jaraquemada, la chillaneja Cornelia Olivares y, sobre todo, Francisca Javiera Carrera, hermana de José Miguel, el presidente de la Junta Chilena de 1811 a 1814. Fue una infatigable, consecuente y voluntariosa compañera de los ideales libertarios, tanto en los días de triunfo como en los de derrota transitoria. En los momentos en que los criollos más moderados se aferraban a la fórmula de gobernar en nombre de Fernando VII, Javiera simbolizó el repudio a la corona española en un baile de gala realizado el 18 de septiembre de 1812: “Doña Javiera Carrera llevaba eh la cabeza una guirnalda de perlas y diamantes de la cual perdía una corona vuelta al revés en señal de vencimiento”.⁵ La tonada “La Panchita”, cantada por el pueblo en las “chinganas”, fue una expresión de la simpatía de que gozaba Javiera por liderar las medidas más radicales de esa *fase* de la independencia.

Josefa Camejo, venezolana nacida en 1791, arengaba a los jóvenes caraqueños encabezados por José Félix Ribas. Combatió junto a su compañero, Juan Nepomuceno Briceño Méndez, en la campaña., de Los Llanos. Durante el período de la Reconquista española organizaba bailes para facilitar los contactos clandestinos de los patriotas. Un día hizo decidir al comandante de Paraguaná, Segundo Primera, en favor de la independencia, sacando su pistola al grito de ¡Viva la Revolución! Otra venezolana, Eulalia Buroz, se batió contra los realistas, defendiendo el fuerte de Barcelona. También las hermanas de Antonio José de Sucre, víctimas del poder colonial, y Luisa Cáceres de Arismendi, encarcelada a los 16 años por los españoles, fueron combatientes decididas por la libertad. Juana Ramírez, mujer de pueblo, de la región de Guárico, peleó al lado de Manuel Piar, ganándose por su coraje el apodo de “Juana la Avanzadora”.

Una de las mujeres más conocidas de esta época por haber sido compañera de Bolívar fue la ecuatoriana Manuelita Sáenz. Sin embargo, ella ya estaba en plena lucha por la independencia antes de conocer a Bolívar. Hija “ilegítima” de español y criolla, se casó muy joven; pronto se separó del

médico inglés John Thorne para unirse a las huestes que combatían a los españoles. Fue condecorada por San Martín como “caballera del Sol”, junto a otras 112 mujeres, y ascendida al grado de coronela. Peleó al lado del mariscal Sucre en la batalla de Ayacucho. En junio de 1822 conoció a Bolívar, quien quedó impresionado por su personalidad, su cultura y capacidad para manejar armas y montar a caballo. Vestida de capitana ascendió montañas y vadeó ríos con el Ejército patriota, batiéndose junto a los suyos en Pichinlia y Junín. Cuando en 1828 se cometió un atentado contra su amado, enfrentó con su espada a Florentino González y demás asesinos, mientras Bolívar lograba eludir el cerco.⁶ La “Libertadora del Libertador”, nombre con el que ha pasado a la historia, destruyó sable en mano los panfletos contra Bolívar distribuidos por los reaccionarios en las calles de Bogotá. Por haber defendido al nombre que liberó medio continente “fue víctima de vejaciones, prisión y exilio, y ni su patria la recibiría, ya que cuando creía encontrar el descanso fue desterrada por el presidente Rocafuerte. Casi treinta años habría de vivir en el melancólico puerto de Paita, en donde vestida de negro veía pasar los barcos y los recuerdos”.⁷ Esta notable mujer, a quien Pablo Neruda llamó un día “la loca estrella”, murió el 23 de junio de 1856. Junto a estas líderes, lucharon anónimamente decenas de miles de mestizas, indígenas y negras, cuya labor no por menos manifiesta fue menos eficaz. La colaboración de las campesinas e Indígenas con los guerrilleros patriotas, proporcionándoles albergue e información sobre los movimientos de las tropas realistas, fueron acciones efectivas en favor de la lucha por la independencia. La reproducción gratuita de la fuerza de trabajo para mantener las cosechas durante la guerra y proporcionar los hombres para los ejércitos libertarios constituyeron importantes tareas, omitidas por aquellos historiadores que ven la historia solamente a través de los hombres-héroes, al estilo Carlyle. La labor de la mujer no solamente se redujo a la actividad reproductora, sino que durante las guerras de la Independencia -cuando la mayoría de los hombres peleaba en los frentes de batalla— fue la encargada de las actividades productivas, especialmente en el campo y en la artesanía.

Los hombres siguieron consolidando su régimen de dominación patriarcal, explotando y oprimiendo a las mujeres, pareciendo ignorar que ellas se jugaron de igual a igual en la lucha por la independencia. Sin embargo, América Latina tiene la originalidad de haber gestado uno de los primeros hombres de la historia universal preocupado por la condición de la mujer, como lo hemos ya señalado en el capítulo anterior. Otro venezolano continuó la ruta abierta por Miranda: fue Simón Rodríguez, maestro de Bolívar y campeón de la educación de las mujeres. Abrió escuelas mixtas en Bolivia, en plena guerra de la Independencia, durante la década de 1820, bajo el gobierno de Sucre. Educaba a todos los que quisieran ser educadas, sin distinción de etnia ni de sexo: “se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyeran por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia”.⁸

José Miguel Carrera, gobernante chileno de 1811 a 1814, también trató de quebrar el oscurantismo cultural impuesto por los españoles en la colonia, promoviendo la instrucción de la mujer. En un decreto del 21 de agosto de 1812 establecía la necesidad de fundar escuelas para mujeres, “quedando los conventos de las monjas obligados a suministrar una sala para escuela donde aprendieran las primeras letras las mujeres de origen modesto. La Iglesia se resistió a cumplir esta medida, pero Carrera impuso finalmente su criterio en favor de la mujer”.⁹

La participación de la mujer en la lucha por la independencia política volvió a ponerse de manifiesto en la gesta anticolonial de Cuba que, junto con Puerto Rico, eran las últimas colonias que le quedaban al imperio español en América.

Durante las dos guerras de la Independencia (1868-78 y 1895-98) las mujeres pelearon junto a los esclavos, obreros, capas medias y burguesía criolla.

Ana Betancourt de Mora participó activamente en la Primera Guerra por la independencia de Cuba (1868-78), apoyando al líder nacionalista Carlos Manuel de Céspedes, al mismo tiempo que planteaba algunas reivindicaciones específicas de la mujer. En un manuscrito que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Cuba, de fecha 12 de abril de 1869, Ana Betancourt pedía a “los legisladores cubanos que tan pronto como estuviese establecida la República nos concediese a las

mujeres los derechos a que por justicia éramos acreedoras (...) Aquí todo es esclavo, la una, el color y el sexo. Vosotros queréis destruir la esclavitud de la cuna peleando hasta morir. Hemos destruido la esclavitud del color y emancipado al siervo. Llegó el momento de liberar a la mujer (...) Carlos Manuel (Céspedes) haciendo alusión a estas palabras mías, dijo: que yo e había ganado un lugar en la historia; que el historiador bano tendría que decir: una mujer, adelantándose un o, pidió en Cuba la emancipación de la mujer”. 10

Otra mujer excepcional fue Mariana Grajales, madre de los Maceo, una familia que entregó sus mejores hombres al combate por la liberación nacional. Cuando se inició la primera guerra de la Independencia, Mariana tenía sesenta años. Con su gente de Majaguabo resolvió internarse en el monte acompañada de sus hijas Baldomera y Dominga para luchar junto a otra gran combatiente: María Cabrales. “Ellas no son las únicas mujeres que se hallan en esa situación difícil y peligrosa. Hay otras mujeres de campesinos y esclavos insurreccionados que también han tomado el mismo destino. ‘La tribu heroica’, como le llamó Lino Dou, estaba toda en la manigua (...) Cambian de campamento constantemente. Caminan a pie entre los bosques, por las montañas y los ríos (...). Al comenzar el año de 1870, Antonio Maceo pasa a la zona de Santiago de Cuba hasta Guantánamo, donde no cesa de hostigar al enemigo, en especial a las guerrillas integradas por cubanos traidores y vendidos al gobierno español. Es posible que Mariana y demás miembros de la ‘tribu heroica’, en especial las mujeres, también se ubicaran en la llamada ‘Sierra de Mariana’, en las montañas de Baracoa-Guantánamo, o acaso en el llamado ‘Palenque de las Mujeres’ (...). En 1878 llegaban a Santiago de Cuba, procedentes de la zona de Guantánamo; doña Mariana cumplía en esos días, precisamente, sus setenta años.”¹¹

Poco antes de morir, a los ochenta y cinco años, en el exilio en la isla de Jamaica, fue homenajeada por José Martí en un artículo aparecido en el periódico *Patria*: “María, la mujer, nobilísima dama, ni en la muerte vería espantos, porque le vio ya la sombra muchas veces (...) De la madre, más que del padre, viene el hijo, y es gran desdicha deber el cuerpo a gente floja o nula, a quien no se puede deber el alma; pero Maceo fue feliz porque vino de león y de leona. iban de marcha en la mañana con la caballería, y la infantería, y las banderas, y las esposas y madres en viajes, y aquellos clarines. ¡Fáciles son los héroes, con tales mujeres!”¹²

El protagonismo de la mujer en las guerras civiles

Uña de las pocas oportunidades que tenía la mujer latinoamericana de participar era en la guerra. Aunque a la zaga de sus maridos, las mujeres campesinas tuvieron una forma de realización en las guerras civiles del siglo XIX En Colombia, “las voluntarias, las vivanderas, las juanas, fueron inseparables de los ejércitos y el mejor sostén con que podía contar el campesino soldado”, decía un actor de los sucesos.¹³ Las vivanderas no solamente hacían comida, sino que difundían falsas noticias en el campo del enemigo y obtenían pólvora de esos cuarteles. También peleaban como soldados.¹⁴

Joaquín Posada vio, en una de las guerras civiles de Colombia, marchar en un batallón a unas “ochenta mujeres de las que, con el carácter ostensible de vivanderas, abundan a veces demasiado en nuestras tropas, y que el vulgo llama ‘voluntarias’, agobiadas con sus maletas y algunas con su hijo, todo encima de sus espaldas (...) Como hormigas arrieras se adelantan, se dispersan por caseríos (...) cocinan, lavan la ropa a los oficiales por una corta remuneración, asisten a los enfermos, cuidan a los heridos y se prestan a toda clase de sacrificios para que las toleren y no les impidan seguir a su compañero. En los combates su heroísmo las santifica; en los mayores peligros, por el medio de las balas, metiéndose por entre los caballos, apartando las lanzas enemigas”.¹⁵ Clemencia Celis y “la Loaiza”, como le decía su pueblo, fueron mujeres que se distinguieron en los campos de batalla, ejecutando prodigios de valor en las cargas de caballería. Ellas, como otras

mujeres colombianas, tuvieron que vestirse de hombre para poder ser aceptadas como soldados en las filas del ejército.

Una de las primeras mujeres chilenas que logró destacarse por sus propios méritos en la lucha social fue Rosario Ortiz, apodada “La Monche”. Nacida en Concepción el 10 de octubre de 1827, fue una de las primeras periodistas de América Latina; junto a Ursula Binimelis integró la redacción del diario de avanzada liberal El Amigo del Pueblo, principal órgano de prensa de la revolución de 1859 en el Sur. Años antes, en la guerra civil de 1851, Rosario Ortiz a la cabeza de las milicias de Concepción se había batido con el fusil en la mano en la batalla de Loncomilla, logrando apresar a un oficial enemigo. Encarcelada y perseguida, volvió a tomar las armas en la revolución de 1859, donde se le otorgó el grado de capitán del ejército revolucionario, instruía a los soldados como un aventajado veterano. Con las fuerzas revolucionarias de Juan Alemparte atacó a Concepción y le cupo disparar el primer cañonazo contra las tropas del gobierno”.¹⁶ Comentando esta actuación de “La Monche”, Pedro Pablo Figueroa escribe: “Una ilustre y valerosa heroína los acompañaba, vivandera popular penquista, Rosario Ortiz, la que se había batido al frente de sus filas en el ataque a Talcahuano. Rosario Ortiz peleó con inaudito coraje por la causa constituyente en la capital de Bio-Bio. Rosario Ortiz era una Luisa Michel penquista, pues estaba dotada de la misma naturaleza batalladora y de igual entusiasmo tribunicio que la poderosa y honesta propagandista contemporánea de Francia”.¹⁷ Derrotada la revolución de 1859, la heroína chilena se refugió en las tolderías de los mapuches, muñendo años más tarde pobre y olvidada. En el cementerio de Concepción todavía existe una modesta tumba donde se encuentra grabado este sentido epitafio: “Aquí descansa la Moriche, vivió y murió por la libertad. Un obrero”.¹⁸

Las mujeres argentinas, principalmente las del interior, participaron activamente en las guerras civiles que asolaron ese país desde 1820 hasta la década de 1870. Una de ellas fue Eulalia Ares de Vildoza, catamarqueña, jefa de una insurrección que depuso al gobernador de Catamarca en 1862. “Eulalia fue a Santiago del Estero en busca de armas y al regreso convocó a sus amigas a una reunión en la que se convino atacar la sede del gobierno. Vestidas con ropas masculinas, el 18 de agosto de 1862 veintitrés mujeres tomaron el cuartel y, luego, apoyadas por la gente adicta, asaltaron la casa del gobernador, que se negaba a entregar el mando al nuevo funcionario electo, y lo hicieron huir de la provincia. En tanto se aproximaba Vildoza (su esposo) con las tropas, Eulalia se hizo cargo del gobierno, organizó un plebiscito y entregó el mando al elegido.”¹⁹

NOTAS

1REVISTA BOHEMIA N° 10, La Habana, 8 de marzo de 1974, p. 56.

2Seminario **Hermandad Mirabal**, Universidad Autónoma de Santo Domingo, República Dominicana, 1977, p. 143.

3MARIQUITA SÁNCHEZ: **Recuerdos del Buenos Aires virreinal**, Buenos Aires, 1953.

4MERCEDES JIMÉNEZ DE VEGA: **La mujer ecuatoriana, frustraciones y esperanzas** Banco Central del Ecuador, Quito, 1981, p. 22.

5MELCHOR MARTÍNEZ: **Memoria histórica sobre la Revolución de Chile, desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814**, Valparaíso, 1848, p. 151.

6 **ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ**: Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador, **Almendros y Nieto**, Buenos Aires, 1945.

7MERCEDES JIMÉNEZ: *op. cit.*, p. 24.

8J. A. COYA: **Don Simón Rodríguez**, segunda edición, Editorial Venezuela, Buenos Aires, 1947, p. 127.

9**LUIS VITALE**: Historia y sociología de la mujer latinoamericana, **Fontamara, Barcelona, 1981, p. 23.**

10Citado por JORGE IBARRA: **La Asamblea de Guáimaro**, en el libro **Desde Yara hasta la Sierra**, La Habana, s/f, PP. 131-132.

11 **NYDIA SARABÍA**: Historia de una familia mambisa: Mariana Grajales, **Orbe, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975, pp. 82, 83, 91, 92, 112.**

12**JOSÉ MARTÍ**: **Obras Completas**, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. IV.

13**JOAQUÍN POSADA GUTIÉRREZ**: **Memorias histórico-políticas**, Bedout, Medellín, 1971, t. 1, p. 485.

14 **VENANCIO ORTIZ**: Historia de la Revolución del 17 de abril de 1854, **Talleres Gráficos del Banco Popular, Bogotá, 1972, p. 143.**

15**JOAQUÍN POSADA**: *op. cit.*, t. 1, p. 485.

16**CARLOS OLIVER SCHNEIDER Y FRANCISCO ZAPATA**: **Libro de Oro de la Historia de Concepción**, Concepción, 1950, p.

268.

17PEDRO PABLO FIGUEROA: Historia de la Revolución Constituyente 1858-1859, **Santiago, 1889, p. 565.**

18LUIS VITALE: Las guerras civiles de 1851 y 1859 en Chile, **Cuadernos de Investigación del Instituto Central de Sociología de la Universidad de Concepción, 1971, p. 74.**

19LILY SOSA DE NEWTON: Diccionario biográfico de mujeres argentinas, **Plus Ultra, Buenos Aires, 1986, p. 35.**



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006